

Don Antonio López Borrasca

Pido perdón por no haber manifestado mis condolencias a la familia y a la comunidad científica por la gran pérdida de mi amigo, pero lamentablemente, el anuncio de su muerte me llegó dos días antes de un curso internacional de Hemostasia y Trombosis, ramas que él amó con pasión, y posterior a ese compromiso debí terminar de escribir un capítulo para un libro de Hematología, cuya fecha límite era la primera semana de diciembre. Ambos esfuerzos consumieron todo mi esfuerzo, y para escribir de don Antonio necesitaba mucha calma, porque hablar de él iba a ser muy triste para mí.

Sin embargo, pese a que la noticia llegó en un momento inesperado, durante las actividades de apertura del curso internacional, lo primero que mostré ante el público y frente a las autoridades de mi hospital y de la señora Ministra de Salud, fue la dedicatoria del curso a don Antonio, junto con mi agradecimiento por todos los ratos alegres y científicos que nos dio durante más de veintisiete años. Además de mostrar una fotografía suya en la inauguración del curso, proyecté una imagen de Salamanca y también las palabras de Unamuno:

Cuando me creáis más muerto
retemblaré en vuestras manos,
aquí os dejo mi alma-libro,
hombre-mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero,
soy yo, lector, que en ti vibro.

No tengo ninguna duda de que los que conocimos a don Antonio de cerca, seguiremos vibrando con sus recuerdos, con su amor, con la dedicación y el cariño que le tenía a la Hematología, pero sobre todo, trataremos de seguir su ejemplo espiritual, esa faceta que a veces los seres humanos esconden detrás de disfraces para no manifestar claramente sus creencias. Sin lugar a dudas, las últimas etapas de la vida de don Antonio lo agigantaron espiritualmente de tal manera, que su ejemplo debe servirnos de guía para saber cómo enfrentar el final físico en este mundo.

Yo estaba programado mentalmente para viajar a España en cuanto me anunciaran el deceso de don Antonio, porque así como habíamos compartido juntos tantos bellos momentos, deseaba acompañarlo en el instante de mayor trascendencia en su vida. El destino no lo quiso así y probablemente siempre me dará pesar no haber estado entre las amistades que evocaron al maestro, porque los grandes hombres, cuando bajan a la tumba, lo hacen acompasados por los acordes de las palabras de sus seres queridos.

Hoy quisiera comentar algunos recuerdos y anécdotas del entrañable compañero, que a pesar de la distancia generacional y académica, me confirmó un nivel de amistad pocas veces brindado a un semejante por otro ser humano, pero es que don Antonio era y sigue siendo una persona excepcional.

En 1981, como Presidente del VII Congreso Internacional del CLAHT, tuve la idea, que a la postre resultó maravillosa, de tratar de unir hematólogos de habla castellana a ambos lados del Atlántico, y aun con muy poco dinero, conseguí que vinieran a Costa Rica cuatro grandes hematólogos: don Antonio, Justo Aznar, Jasone Monasterio y Vicente Vicente, que en aquel momento era Residente de Hematología en el Servicio de don Antonio.

La suerte quiso que asistiera ese impresionante conjunto de especialistas y que fuesen capaces de descubrir –de pronto- que había un grupo de expertos y amigos latinoamericanos que llevábamos tiempo de reunirnos, de conocernos y de hacer congresos científicos de una especialidad floreciente, después de haber fundado en Caracas -con mucho esfuerzo- el Grupo Cooperativo Latinoamericano de Hemostasia y Trombosis.

Para don Antonio fue un *shock* descubrir el grado de amistad entre los miembros del CLAHT y también el calor humano con que los españoles fueron recibidos en Costa Rica. El ron caribeño, la música de las orquestas, las cenas tardías y los bailes tropicales, hicieron que él entonara un *cante hondo* parado en una silla (ante la incredulidad de Vicente), y que dijera un piropo en la fiesta de clausura, después de que me solicitara permiso insistentemente para decirlo, condición que yo no entendía muy bien, no porque desconociera lo que es un requiebro, sino porque no me calzaba en medio de una alegre fiesta.

Me costó entender que el piropo iba dirigido a mí y a mi esposa, y en aquel momento, con el silencio de la orquesta que fue necesario mandar a callar, se forjó el futuro de la Hematología hispanoamericana cuando don Antonio prometió organizar un congreso de nuestra especialidad e invitar a él a muchos latinoamericanos. A partir de aquella fecha, no hay congreso de Hematología, español o de Latinoamérica, que no incluya en su programa a un homólogo del otro lado del Atlántico.

Tal vez la condición de ser el primer latinoamericano que lo llevó a su casa y que le abrió las puertas de su corazón, hicieron que entre don Antonio y mi persona creciera una amistad poco común. Ambos empezamos a jugar a los goles, como él decía. Goles que a veces eran rasantes u otras veces por la escuadra (como lo aseguraba él, yo hubiera dicho por el ángulo) superior. El marcador era muy difícil de igualar, porque en cada uno de nuestros encuentros, don Antonio trataba de aumentar el marcador con regalos sorpresa y con atenciones desmesuradas, pero me encontraba a mí preparado y listo para atajarle sus bolears más tremendas.

Nadie volverá a hablarme tanto de la historia europea y mundial de la Hematología, de las cartas diarias a su novia, de la entonada e impresionante voz de soprano de doña Fernanda y de los sitios en que la escuchó cantar. Si no hubiera sido por él, jamás habría sabido que Antonio Gala fue su compañero de Facultad en Sevilla, y que muchas veces hablaban hasta la madrugada de los temas que mortificaban al futuro

escritor, quien a menudo, para resistir las tentaciones de la juventud, amanecía amarrado a la cama para no pecar.

Con don Antonio reí, viajé, y hablamos durante días enteros en los congresos médicos y en las múltiples visitas a mi país. También retozamos en la Gran Vía madrileña disfrutando gambas y vino, y en su auto viajé a Salamanca, como pasajero de un audaz piloto español. Con él visité la biblioteca de la universidad de Salamanca, incluyendo el cuarto secreto con el arca boba, cené en su piso, y nunca me permitió pagar ni en los restaurantes ni en los hoteles de la ciudad donde desplegó su labor y en la cual se convirtió en el Primer Catedrático de Hematología de España.

En una oportunidad, después de haber sido invitado a la Feria del Libro de Gijón, y de haberme puesto al cuidado de uno de sus discípulos hematólogos, el doctor Vicente Vidal, en ese puerto asturiano, fui acompañado por don Antonio a firmar mi primera novela en la Librería Cervantes de Salamanca, luego de haber sido anunciado en la ciudad (lógicamente por iniciativa suya), que yo visitaría aquella prestigiosa librería para presentar mi obra.

Durante muchos años lo llamaba por teléfono con cierta frecuencia y tuve la suerte de visitarlo recientemente en el piso de su suegra, al que se habían mudado después de las enfermedades que lo habían ido doblegando. En esta última oportunidad hablamos durante horas y disfruté su lucidez y el cariño que le tenía a todos los latinoamericanos con los que había hecho gran amistad. La invitación de doña Fernanda para cenar al día siguiente fue con timidez. Según ella, ya no tenían las facilidades de antaño para atenderme. Ella no percibió que mi único interés era disfrutar al maestro durante el mayor tiempo que pudiera hacerlo. En esta visita le ordenó a su hijo Toño que me invitara al mejor restaurante de Salamanca la noche siguiente, y con él y otros amigos pasé aquella velada deliciosa. Cuando dije que yo invitaría, Toño me respondió que su padre iba a matarlo si aceptaba esa proposición.

Lo único que siento de tal velada juntos en su piso, fue que no le di un beso. Confieso que lo pensé, pero me inhibí al pensar que esas manifestaciones de cariño no son comunes entre los españoles. Sin embargo me pesa no haberlo hecho.

A don Antonio le di lo mejor que tuve a mi alcance, no sólo lo respeté y lo puse en el pedestal que se merecía, sino que le obsequié una pintura hecha por mí, y su nombre y el de doña Fernanda los coloqué –como regalo- en mi primera novela en homenaje a ellos. Con la familia López y con Jesús San Miguel, su sucesor en la Jefatura de Servicio del Hospital Universitario, y con Alberto Orfao, compartí momentos cumbres en la vida de don Antonio, como el homenaje que –por sus años de servicio y de relevancia profesional- le confirió el Colegio de Médicos Salmantinos. En aquella oportunidad, casi como un intruso, pero delante de todos, le di –en nombre de cada uno de los que lo conocieron de este lado del océano- el Premio de la Amistad Latinoamericana, una improvisación ridícula, la cual –afortunadamente- pude hacerla aderezada con versos de cariño. Probablemente fuimos muchos los latinoamericanos que escribieron cartas de

apoyo a su candidatura como Personaje distinguido de León y Castilla cuando fue propuesto para aquel reconocimiento.

El Grupo CLAHT, para recompensarle sus grandes servicios en el campo de la Coagulación Sanguínea, lo declaró Miembro Emérito de nuestra agrupación, y hemos tenido la suerte de que nos heredara a su hija María Fernanda y a su esposo Javier Batllé, a quienes hemos disfrutado y seguiremos escuchándolos en nuestros congresos.

Las fotos que tengo de don Antonio son muchísimas, y cuando pasen los años, si es que tengo oportunidad de hacerlo, me servirán de consuelo para evocar al amigo que dio, a la ciencia y a mí, más de lo que nadie puede contribuirle.

Por último, debo decir que don Antonio López Borrasca forjó una relación inolvidable entre la Hematología española y latinoamericana, que será muy difícil de olvidar, y que ojalá perdure toda la vida. Estos párrafos tienen mis sentimientos de amigo, y los he escrito para los que –de una u otra forma- conocieron y amaron a don Antonio como yo lo hice.

A todos sus familiares debo decirles que aquellos que seguimos esperando nuestra partida, continuaremos manteniendo vivo el recuerdo de don Antonio, porque él nunca morirá para ninguno de nosotros.

Dr. Rafael ANTONIO Jiménez
4 de diciembre del 2008
San José, Costa Rica.